

inocentes carnes sintiesen el menor estremecimiento. Todavía no era aquello sino el compañerismo de dos buenas alhajas, que pensarán tal vez más adelante en besarse en las mejillas, cuando los árboles carezcan ya de postres que ofrecerles. ¡Y qué alegre rincón de la naturaleza para aquella primera escapada! Una bóveda de verdura con excelentes escondrijos; senderos a lo largo de los cuales no era posible mantener la seriedad por tal modo de los setos se desprendían reprimidas risas. El parque ofrecía, en aquel seductor vergel una pillería de ramajes huyendo a la desbandada, una frescura de sombra que estimulaba el hambre; una vejez de hermosos árboles semejantes a abuelos rebosantes de caricias. Ni siquiera en el fondo de los verdes retiros de musgo, bajo los despedazados troncos que les obligaban o arrastrarse el uno en pos del otro, en los corredores de hojarasca, tan angostos, que Sergio se uncía riendo a las desnudas piernas de Albina, se tropezaban con el peligroso ensueño del silencio. Nada de conturbador les llegaba del bosque en vacaciones.

Y cuando estuvieron hastiados de los albaricqueros, de los ciruelos y de los cerezos, corrieron bajo los delgados almendros, comiendo almendras verdes, gruesas apenas como guisantes, buscando las fresas entre las alfombras de hierba, incomodándose porque ni los melones ni las sandías estaban aún maduros. Albina acabó por correr con todo su vigor, seguida de Sergio, que no podía darle alcance. Metióse entre las higueras, saltando por encima de las gruesas ramas, y arrancando las hojas que echaba a la cara de su compañero. En algunos saltos, atravesó las enramadas de madroños, cuyo colorado fruto comía al pasar; y fué en la arboleda de los espinos, de los cerolos y de los azofaifos, en donde Sergio la llegó a perder. Creyó al principio que se había escondido tras de un granado; mas eran dos flores en capullo que él había tomado por los dos lazos color de rosa de sus muñecas.

Entonces recorrió todo el bosque de naranjos embelesado por el hermoso tiempo que allí reinaba, imaginándose que entraba en la mansión de las hadas del sol. En medio del bosque, distinguió a Albina, la cual, no creyéndole tan cerca, huroneaba vivamente, registrando con la vista las verdes profundidades.

—¿Qué es, pues, lo que estás buscando ahí?— exclamó.—Bien sabes que está prohibido.

Albina se sobresaltó y se ruborizó ligeramente, por la primera vez en toda la jornada; y, sentándose al lado de Sergio, hablóle de los felices días en que los naranjos maduraban. El bosque a la sazón hallábase del todo dorado, iluminado por completo con aquellas estrellas redondas, que acribillaban con sus fuegos amarillos la verde bóveda.

Después, cuando por último se dispusieron a dar la vuelta, Albina se detuvo en cada tallo silvestre, llenándose los bolsillos de peritas ásperas, de cirólitas ágrías diciendo que aquello serviría para comer por el camino. Era cien veces mejor que cuanto habían probado hasta allí. Fué menester que Sergio se tragase algunas, a pesar de las muecas que hacía a cada dentellada. Regresaron deslomados, felices, siendo tanto lo que habían reído, que dolíanles los ijares. Albina no tuvo siquiera valor para subir aquella noche a su cuarto; durmióse a los pies de Sergio, de través sobre el lecho, soñando que se subía a los árboles y que acababa de crugir con los dientes, mientras dormía, los frutos silvestres que había escondido a su lado bajo la colcha.

Ocho días después, efectuóse nuevamente un gran viaje en el parque. Tratábase de ir más allá del vergel, a la izquierda, por el lado de las extensas praderas atravesadas por cuatro riachuelos. Se andarían varias leguas en plena hierba; vivirían de la pesca, en caso de que se extraviaran.

—Me llevo el cuchillo—dijo Albina, enseñando un cuchillo de campesino, de ancha hoja.

Y se llenó de todo los bolsillos, hilo bramante, pan, cerillas, una botellita de vino, trapos, un peine, agujas. Sergio se encargó de una manta, pero cuando llegaron a los escombros de la quinta, la manta le estorbaba ya hasta el punto, que la escondió bajo un lienzo de pared venida al suelo.

El sol se presentaba más ardoroso. Albina se había retardado en sus preparativos. En la calurosa mañana, se fueron el uno junto al otro, juiciosos casi. Andaban hasta veintenas de pasos, sin empujarse para reír. Hablaban.

—Yo no me despierto nunca—dijo Albina.—He dormido muy bien esta noche. ¿Y tú?

—Yo también—contestó Sergio.

Y la joven repuso:

—¿Qué es lo que significa el soñar en un pájaro que nos habla?

—No sé... ¿Y qué es lo que decía ese tu pájaro?

—¡Ah! Lo he olvidado... Decía cosas muy bien dichas, muchas que se me figuraban graciosas... Mira allá lejos aquella gran amapola. ¡No la tendrás! ¡No la tendrás!

Y tomó vuelo; pero Sergio, merced a sus largas piernas, la adelantó y cogió la amapola, agitándola victoriosamente. Entonces la joven se quedó pellizcándose los labios, sin decir una palabra y con grandes ganas de llorar. El no supo hacer más que arrojar la flor; y luego, para ajustar las paces:

—¿Quieres subirme a la espalda? Te llevaré como el otro día.

—No, no.

Poníase de hocico; mas no hubo dado aun treinta pasos cuando se volvió riendo a más no poder. Una zarza la retenía por el vestido.

—¡Mira! creía que eras tú quien andabas adrede sobre mi falda... Y no me quiere soltar. Desenredame.

Y cuando la hubo desenganchado, volvieron a andar el uno junto al lado del otro, con todo juicio. Albina estaba en que era más divertido pasearse así, como personas graves. Acababan de entrar en las praderas. Hasta perderse de vista, se desarrollaban ante ellos anchos lienzos de hierbas, cortados apenas de trecho en trecho por el tierno follaje de una cortina de sauces. Las paredes de hierbas cubríanse de vello semejantes a piezas de terciopelo; eran de oscuro verde, que se debilitaba poco a poco en las lejanías, inundándose de vivo amarillo en el límite del horizonte, bajo el incendio del sol. Los macizos de sauces, allá a lo lejos, parecían de oro puro, en medio del gran estremecimiento de la luz. Movibles polvaredas llevaban a las puntas de los céspedes un flujo de claridades, mientras que a ciertas ráfagas de viento, pasaban libremente sobre aquella desnuda soledad y las

hierbas ondeaban con temblores de plantas acariadas. Y a lo largo de los prados más cercanos, la multitud de margaritas blancas, ya en montón, ya a la desbandada, por grupos, como una población bullendo en la calle con ocasión de una fiesta pública, poblaban con su esparcido júbilo la negrura de los céspedes. Capullos de oro demostraban una alegría de cascabeles de oro bruñido, que tan sólo el roce del ala de una mosca bastaba para hacer tintinar; grandes amapolas aisladas estallaban con petardos rojos, y se iban más lejos, en bandadas, a sembrar en charcos regocijantes, como fondos de tina, purpurinos todavía con el vino; grandes acianos balanceaban sus ligeros sombrerillos de campesina, pintados de azul, amenazando con volarse por encima de los molinos a cada ráfaga de viento. Después venían las alfombras de sedoso césped, las odoríferas fluvas, las velludas loteras, las sábanas de fetucas, de cinosoras, de agróstidas, de forrajes. El pipirigallo alzaba sus largos y delgados cabellos, el trébol recortaba sus escuetas hojas, el llantén blandía bosques de lanzas, y la alfalfa disponía muelles lechos, edredones de raso verde de agua brochado de flores violáceas. Todo esto, a la derecha, a la izquierda, en frente; en todas partes, extendiéndose sobre la llana tierra, redondeando la musgosa superficie con una mar estancada, durmiendo bajo el cielo que parecía de mayor extensión. En la inmensidad de las hierbas, a trechos, éstas se ofrecían límpidamente azules, como si hubiesen reflejado el azul del firmamento.

Entretanto Albina y Sergio caminaban por medio de las praderas, llegándoles la verdura hasta las rodillas. Parecíales avanzar por una agua fresca que les azotaba las pantorrillas. Encontrábanse a veces en medio de verdaderas corrientes, con desbordamientos de altos tallos inclinados, cuya rápida huída oían entre sus piernas. A seguida dormitaban tranquilos lagos, fuentes de cortos céspedes,

en donde apenas se mojaban más arriba de los tobillos. Jugaban al andar por tal modo, no ya rompiéndolo todo, como en el vergel, sino deteniéndose por el contrario, con los pies ligados por los flexibles dedos de las plantas, disfrutando de una pereza, de una caricia de arroyuelo, que calmaba en ellos la brutalidad de los primeros años. Albina se apartó y fué a colocarse detrás de un gigantesco matorral que le llegaba a la barba. Tan sólo asomaba la cabeza y se mantuvo un instante muy tranquila llamando a Sergio.

—Ven—le dijo.—Se está comó en un baño. Hay agua verde por todas partes.

Después se escapó de un salto, sin esperarle siquiera, y siguieron la primera corriente que las interceptó el camino. Era de agua lisa, poco profunda, corriendo entre dos orillas de berros silvestres. Deslizábase con tanta blandura, con recodos adormecidos, tan limpia, tan tersa, que reflejaba como un cristal el más pequeño junco de sus bordes. Albina y Sergio tuvieron, durante buen espacio, que bajar la corriente, que se deslizaba menos ligera que ellos, antes de encontrar un árbol, cuya sombra se bañase en aquella ola de pureza. Tan lejos como alcanzaban sus miradas, veían el agua al descubierto, sobre el lecho de las hierbas, estirar sus nítidos miembros, dormirse en pleno sol, con el blando sueño, medio desenrollado, de una azulada culebra. Llegaron por fin a un grupo de tres sauces; dos tenían las raíces en el agua y el otro hallábase plantado un poco más atrás; troncos abatidos, desmenuzados por los años, coronados con rubias cabbelleras de niño. La sombra resultaba tan límpida, que apenas rayaba con ligeras y cruzadas líneas la asoleada margen. El agua, sin embargo, tan lisa, por arriba y por abajo, ofrecía allí un ligero estremecimiento, una turbación de tersa superficie, que manifestaba su sorpresa al sentir aquel trozo de velamen que se cernía sobre ella. Entre los tres sauces, descendía un rincón de prado por una insensis-

ble cuesta, llenando de adormideras hasta las hendidas de los viejos troncos destrozados. Habría-sele tenido por una tienda de verdura, erigida sobre tres postes, a la orilla del agua, en el movable desierto de las hierbas.

—¡Aquí es! ¡Aquí es!—gritó Albina, deslizándose bajo los sauces.

Sergio se sentó a su lado, con los pies casi metidos en el agua. Miraba en torno suyo y decía:

—Tú lo conoces todo, tienes noticia de los mejores parajes... Tomaríase esto por una isla de diez pies cuadrados, descubierta en pleno mar.

—Sí, estamos en nuestra casa—repuso, tan regocijada que golpeaba la hierba con el puño.—Esta casa es nuestra... hemos de hacerlo todo.

En seguida, como asaltada por una idea feliz, se echó hacia él y le dijo en la cara con explosión de alegría:

—¿Quieres ser mi marido? Yo seré tu mujer.

Sergio se quedó como encantado ante aquella salida y contestó, riendo más alto que ella, que estaba dispuesto a ser su marido. Entonces la joven súbitamente, se puso seria, ostentando una diligente actitud de ama de casa.

—Ya sabes—le dijo—que soy yo quien manda... Almorzaremos así que hayas puesto la mesa.

Y le dió órdenes con imperio. Tuvo que meter cuanto sacó de los bolsillos en el hueco de un sauce, al que llamó "el armario". Los trapos eran la ropa blanca; el peine representaba lo necesario para el tocado; las agujas y el hilo bramante debían servir para componer la ropa de los exploradores. En cuanto a las provisiones de boca, consistían en la botellita de vino y en algunos zoquetes de pan del día anterior. Y la verdad era que todavía contaban con cerillas para cocer el pescado que había de coger.

Cuando acabó Sergio de poner la mesa, la botella en medio y las tres cortezas alrededor, aventuró la observación de que el festín pecaría de mezqui-

no; pero la joven se encogía de hombros, como quien la echa de mujer superior. Metió los pies en el agua y dijo con toda serenidad:

—Soy yo quien pesca y a ti te toca mirarme.

Durante cosa de media hora le costó un ímprobo trabajo el atrapar algunos pececillos con las manos. Habíase levantado las sayas, atándolas con un trozo de bramante. Acercábase con toda prudencia, empleando infinitas precauciones a fin de no remover el agua; después, cuando se hallaba cerca del pececillo, refugiado entre dos piedras, alargaba el desnudo brazo, hacía un chapuceo terrible y no sacaba sino un puñado de gruesa arena. Sergio entonces se reía hasta descoyuntarse, lo que la hacía volver a la orilla, enfurruñada, gritándole que no tenía derecho para reirse.

—Pero—concluyó Sergio por decir,—¿con qué harías cocer tu pescado? Aquí no hay leña.

Esto acabó por descorazonarla. Por lo demás, aquellos peces no le parecían muy famosos que digamos. Salió, pues, del agua, sin pensar en ponerse las medias. Corría por la hierba, con las piernas al aire, para secarse. Y volvió a sentirse tentada por la risa, porque había hierbas que le hacían cosquillas en la planta de los pies.

—¡Oh! aquí hay pimpinelas—dijo súbitamente, echándose de rodillas.—Esto sí que es bueno. Vamos a regalarnos de lo lindo.

Y Sergio tuvo que poner en la mesa un montón de pimpinelas y se las comieron con pan. Albina aseguró que eran preferibles a las avellanas. Dándose tono de ama de casa, cortaba el pan de Sergio, a quien no quería nunca confiar su cuchillo.

—Yo soy la mujer—contestábale seriamente a cuantas rebeldías intentaba.

En seguida le mandaba llevar "al armario" las escasas gotas de vino que quedaban en el fondo de la botella. Hasta fué menester que barriese la hierba, para que se pudiese pasar desde el comedor

a la alcoba. Albina se acostó la primera cuan larga era, diciendo:

—Ahora, como comprendes, vamos a dormir... Tú debes acostarte a mi lado, muy junto a mí.

Sergio se tendió conforme le ordenaba. Ambos se mantenían muy tiesos, tocándose desde los hombros a los pies, con las manos vacías, echadas atrás, por encima de sus cabezas. Las manos, sobre todo, les servían de estorbo. Mantenían una gravedad de convencidos. Miraban al espacio, con los ojos abiertos de par en par, diciendo que dormían y que se encontraban a pedir de boca.

—Ya ves—murmuraba Albina,—cuando se está casado, se tiene calor... ¿Acaso ni me sientes?

—Sí, eres como un edredón... Pero no hay que hablar, ya que estamos durmiendo. Lo mejor es que no hablemos.

Y permanecieron por largo rato silenciosos, siempre muy graves. Habían ido volviendo sus cabezas, alejándolas insensiblemente, como si el calor de sus respiraciones les hubiese molestado. Después, en medio del gran silencio Sergio agregó estas solas palabras:

—Yo te quiero mucho.

Era el amor antes de tener conciencia del sexo, el instinto de amar que planta a los hombrecillos de diez años al paso de las muchachitas de vestido blanco. En torno de ellos, las praderas, extensamente abiertas, les tranquilizaban del imperceptible temor que tenían el uno del otro. Sabían que eran vistos por todas las hierbas, vistos por el cielo, cuyo azul les miraba al través del débil ramaje; y aquello no les turbaba. La tienda de los saucos sobre sus cabezas, era un simple pedazo de tela transparente, como si Albina hubiese prendido allí un jirón de su vestido. La sombra permanecía tan clara, que no les transmitía las languideces de las profundas enramadas, las sollicitaciones de los retiros ignorados, de las alcobas de verde follaje. Del confín del horizonte llegábales un aire libre,

un viento de salud llevando el fresco ambiente de aquel mar de verdura, en que remontaba una oleada de flores; mientras que a sus pies el arroyo era una infancia más, un candor cuyo hilito de voz fresca figurábaseles la voz lejana de algún amigo que se reía. ¡Dichosa soledad henchida por completo de serenidad, cuya desnudez se ostentaba con una desvergüenza adorable de ignorancia! Inmenso campo en mitad del cual el estrecho musgo que les servía de primer lecho, adquiriría una ingenuidad de cuna.

—Bueno, se acabó—dijo Albina levantándose. —Ya hemos dormido.

El, por su parte, se quedó un tanto sorprendido de que aquello hubiese terminado tan pronto. Alargó el brazo y le tiró de la falda, como para atraerla hacia sí. Albina cayó de rodillas, riéndose y repitiendo:

—¡Cómo! ¿Qué pasa?

El no podía decirlo. Mirábala y la cogía por los brazos. Por un instante la cogió por los cabellos, lo que la hizo gritar. Después, así que ella se encontró nuevamente en pie, Sergio hundió su rostro en la hierba que había conservado la tibieza de su cuerpo.

—Bueno, todo ha concluido—dijo levantándose a su vez.

Hasta la tarde anduvieron correteando por las praderas. Caminaban hacia adelante, tan sólo para ver. Visitaban su jardín. Albina tomaba la delantera, con el olfato del perro joven, sin decir nada, siempre en busca de la floresta feliz, a pesar de que no se encontrasen por allí los árboles que había soñado. Sergio salía con toda suerte de poco hábiles galanterías; precipitábase tan bruscamente para apartar las altas hierbas, que por poco la dejaba caer; levantábala por la cintura con tan estrecho abrazo, que la magullaba, cuando quería ayudarla a saltar los arroyos. Cuando dieron con las tres otras corrientes, se regocijaron en gran

manera. La primera se deslizaba sobre un techo de guijas, entre dos continuas hileras de sauces, tan intrincadas, que les fué preciso dejarse deslizar a tientas por en medio de las ramas, con riesgo de caer en algún gran fondo de agua; pero Sergio, que iba delante, con agua tan sólo hasta las rodillas, recibió a Albina en sus brazos y la llevó a la margen opuesta para que no se mojara. El otro arroyuelo aparecía completamente negro de sombra, bajo una bóveda de altos follajes, por donde se deslizaba con languidez, con el ligero roce, con los blancos deterioros de una falda de raso, arrastrada por alguna soñadora dama, en el fondo de un bosque; sábana profunda, helada, inquietadora, que tuvieron la fortuna de poder atravesar con ayuda de un tronco tumbado de una a otra orilla, yendo a horcajadas, divirtiéndose en turbar con el pie el espejo de bruñido acero, dándose prisa después, espantados por los extraños ojos que las menores gotas que saltaban ofrecían en el suelo de la corriente. El último arroyo, sobre todo, fué el que más les detuvo. Presentábase juguetón como ellos mismos; moderaba su curso con ciertos recodos y partía de allí en aljofaradas risas, en medio de gruesas piedras, aquietábase al abrigo de una enramada de arbustos, jadeante y vibrante aún; mostraba todos los caprichos del mundo, teniendo alternativamente por lecho finas arenas, planchas rocosas, límpidas guijas, tierras fértiles, que los saltos de las ranas alzaban en pequeñas humaredas amarillas. Albina y Sergio chapotearon que era una bendición. Con los pies descalzos remontaron el río para regresar, prefiriendo el camino de agua al de las hierbas, deteniéndose en cada isla que les alejaba el paso. Allí desembarcaban, conquistaban tierras salvajes y descansaban entre los grandes juncos, entre los grandes cañaverales que parecían construir expresamente para ellos chozas para náufragos. Regreso encantador alegrado por las co-

rrientes que exhibían sus espectáculos, regocijado por el buen humor de las aguas vivas.

Mas, cuando dejaron el río, Sergio comprendió que Albina buscaba siempre algo, a lo largo de las orillas, en las islas, hasta entre las plantas que dormían al ras de la corriente. Tuvo que ir a apartarla de en medio de una balsa de nenúfares, cuyas anchas hojas ponían en sus piernas gargantillas de marquesa. No le dijo nada, mas la amenazó con el dedo, y entraron por fin en casa, animadísimo por lo gozado durante el día, cogidos del brazo, como recién casados que vuelven de una escapatoria. Miráronse y se encontraron más bellos y más fuertes, y, con seguridad, que se reían por modo distinto que por la mañana.

FIN DEL TOMO PRIMERO



PQ
F3
v. 1